Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (*Jn* 8, 31-32). En un extenso diálogo con los judíos surge esta promesa del Señor que, en su sencillez y su solemnidad, atraviesa los siglos: la verdad nos hace libres. Pero también atraviesan los siglos las falsas promesas de aquel que *era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y el padre de la mentira* (*Jn* 8, 44).

“La razón más alta de la dignidad humana —enseña el Concilio Vaticano II—consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios" (*Gaudium et Spes*, 19). Por eso se puede decir que la palabra —la *necesidad* de vivir en diálogo, en comunión— es lo más propio de la persona. En la palabra se comunica la persona misma: cuando hablamos no emitimos un mensaje solamente, sino que en cierto sentido nos damos a nosotros mismos. Y no solo llegamos al oído de los demás, sino a su corazón, al centro de su ser. Por eso, la palabra tiene una dimensión en cierta manera *sagrada*. Su uso recto beneficia, edifica a las personas, mientras que las palabras descuidadas maltratan a los demás. Lo percibió intensamente Aleksandr Solzhenitsyn: las mentiras, sostenía, no son palabras que decimos y quedan flotando en el aire, alejadas de nosotros, sino que cada mentira nos corrompe por dentro, hasta consumirnos las entrañas.

El tono de los primeros cristianos

En su predicación, el Señor invita a todos a la transparencia; a ser sencillos, a rehuir casuísticas que con frecuencia encubren, o al menos incoan, la mentira: *que vuestro modo de hablar sea: 'Sí, sí'; 'no, no'. Lo que exceda de esto, viene del Maligno* (*Mt* 5, 37). Durísimo contra la hipocresía, el Señor alaba con gusto a aquellos en los que no hay doblez ni engaño (cfr. *Jn* 1, 47). El suyo es un tono, un modo de hacer, que caló profundamente entre los primeros cristianos: la epístola de Santiago se expresa con acentos similares: *Que vuestro sí sea sí y que vuestro no sea no, para que no incurráis en juicio* (*St* 5, 12). San Pedro les habla de *rechazar toda malicia y todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias* para poder acercarse a Dios, para apetecer, *como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada* (1 *P* 2, 1-2).

Esa inocencia cristiana en la palabra, sin embargo, no se logra con una simple intención genérica, *buenista*: la tensión entre verdad y mentira está presente en todo el arco de nuestra vida. La Escritura no se limita a enunciar los principios, sino que señala con detalle los abusos de la palabra, la desconexión entre lo que se es y lo que se dice. Resulta en este sentido antológica, y de perenne actualidad, la amonestación de Santiago sobre la lengua:

Si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo su cuerpo. Si ponemos frenos en la boca a los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque sean tan grandes y las empujen vientos fuertes, un pequeño timón las dirige adonde quiere la voluntad del piloto. Del mismo modo, la lengua es un miembro pequeño, pero puede jactarse de grandes cosas (…). Todo tipo de fieras, aves, reptiles y animales marinos puede domarse y de hecho ha sido domado por el hombre; sin embargo, ningún hombre es capaz de domar su lengua (*St* 3, 2-8).

Esta misma solicitud por la “doma" de la lengua está muy presente en las enseñanzas del Papa Francisco. Con la misma insistencia del Apóstol, no pierde ocasión de pedir a los cristianos que nos esforcemos por poner freno a la palabra que destruye. Sabe el Papa que su llamada a la renovación de la vida de los cristianos y de la Iglesiaquedaría desvirtuada si no llegáramos a ese pequeño timón que decide el curso de la nave.

Todos agradecemos la franqueza con que habla el Sucesor de Pedro, aunque existe el riesgo de que pensemos demasiado rápido que habla para los demás, y pasemos página sin preguntarnos en qué medida nuestros hábitos actuales o los modos socialmente aceptados de conducirse en esta materia están a la altura del Evangelio. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (cfr. nn. 2464 ss.) y el Magisterio del Papa Francisco proporcionan muchas pistas para la reflexión.

La mentira, idioma de la hipocresía

¿Con qué delicadeza nos esforzamos por amar y decir la verdad siempre, por evitar completamente la mentira? Porque no podemos olvidar la gravedad de la mentira, que “es una verdadera violencia hecha a otro. Atenta contra él en su capacidad de conocer, que es la condición de todo juicio y de toda decisión. Contiene en germen la división de los espíritus y todos los males que esta suscita. La mentira es funesta para toda sociedad: socava la confianza entre los hombres y rompe el tejido de las relaciones sociales" (*Catecismo*, n. 2486).

El Papa ha hablado con energía del **idioma de la hipocresía**, propio de quienes **no aman la verdad. Se aman solo a sí mismos, y, de este modo, buscan engañar, implicar al otro en su engaño, en su mentira. Tienen el corazón mentiroso; no pueden decir la verdad** (*Homilía*, 4.VI.2013). Como San Pedro, apela a la inocencia de los niños, a *la leche espiritual no adulterada* (1 *P* 2, 2): **un niño no es hipócrita, porque no está corrompido. Cuando Jesús nos dice: que vuestro modo de hablar sea: 'sí, sí', 'no, no', con alma de niño, nos dice lo contrario de aquello que dicen los corruptos (...). Pidamos hoy al Señor que nuestro modo de hablar sea el de la sencillez, el de los niños; hablar como hijos de Dios: por lo tanto, hablar en la verdad del amor** (*Homilía*, 4.VI.2013).

La murmuración: aprender a morderse la lengua

En el sermón de la montaña, Jesús lleva hasta la raíz el quinto mandamiento del decálogo: *Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate será reo de juicio.Pero yo os digo: todo el que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio (...); y el que le maldiga será reo del fuego del infierno* (*Mt* 5, 21-22). Las palabras del Señor son duras, pero es que **quien entra en la vida cristiana, el que acepta seguir este camino, tiene exigencias superiores a las de los demás. No tiene ventajas superiores. ¡No! Exigencias superiores** (*Homilía*, 13.VI.2013). La murmuración y el insulto no se reducen a una travesura inocente: matan al hermano. Escribe san Josemaría: ***¿Sabes***

el daño que puedes ocasionar al tirar lejos una piedra si tienes los ojos vendados? —Tampoco sabes el perjuicio que puedes producir, a veces grave, al lanzar frases de murmuración, que te parecen levísimas, porque tienes los ojos vendados por la desaprensión o por el acaloramiento (*Camino*, 455). Por eso, sigue el Papa, cuando en el corazón hay algo negativo contra alguien, y se lo expresa **con un insulto, con una maldición o con enojo, hay algo que no funciona, y te tenés que convertir, tenés que cambiarlo** (*Homilía*, 13.VI.2013).

A quien pensara que, de todos modos, es justificable hablar mal de alguien porque “se lo merece", el Papa le hace esta recomendación: **ve y reza por él. Ve y haz penitencia por ella. Y después, si es necesario, habla a esa persona que puede remediar el problema. Pero no se lo digas a todos (...) Pablo fue un pecador fuerte. Y dice de sí mismo: primero era un perseguidor, un blasfemo, un violento. Pero se usó misericordia conmigo. Tal vez ninguno de nosotros blasfema. Pero si alguno de nosotros murmura, ciertamente es un perseguidor y un violento** (*Homilía*, 13.IX.2013).

Hay que tener en cuenta además el efecto devastador que tiene esta conducta en la vida familiar, social y eclesial; se trata de una lluvia fina que parece inocente pero corroe todo: **Que cada uno se pregunte hoy: ¿hago crecer la unidad en la familia, en la parroquia, en la comunidad, o soy un hablador, una habladora? ¿Soy motivo de división, de malestar? ¡Vosotros no sabéis el daño que hacen a la Iglesia, a las parroquias, a las comunidades, las habladurías! ¡Hacen daño! Las habladurías hieren. Un cristiano, antes de parlotear, debe morderse la lengua** (*Homilía*, 25.IX.2013).

La difamación y la necesidad de reparar

Es bueno tener presente que no basta que algo sea o parezca verdad para que se pueda divulgar sin más consideraciones. “El derecho a la comunicación de la verdad no es incondicional. Todos deben conformar su vida al precepto evangélico del amor fraterno. Este exige, en las situaciones concretas, estimar si conviene o no revelar la verdad" (*Catecismo*, n. 2488).

Muchas veces el supuesto *interés informativo* (tanto del emisor como del receptor) es en realidad el disfraz de una curiosidad irrespetuosa, que deriva con frecuencia en cotilleos o en habladurías, en insinuaciones y afirmaciones calumniosas sobre personas e instituciones, que se extienden después sin que haya muchas posibilidades de rectificarlas.

Por ese motivo, en esos casos la reparación es un deber de conciencia. Así lo recuerda el *Catecismo*: “Toda falta cometida contra la justicia y la verdad entraña el deber de reparación aunque su autor haya sido perdonado. Cuando es imposible reparar un daño públicamente, es preciso hacerlo en secreto. Si el que ha sufrido un perjuicio no pude ser indemnizado directamente, es preciso darle satisfacción moralmente, en nombre de la caridad. Este deber de reparación concierne también a las faltas cometidas contra la reputación del prójimo" (n. 2487).

Merece la pena revisar, por tanto, nuestra actitud ante la ligereza con que se suele tratar en conversaciones y comentarios —también entre cristianos— la intimidad y la fama de los demás, quizá

alegando como justificación que uno o una se está limitando a repetir lo que cuentan las noticias, ¡o los rumores! **Las habladurías** —afirmaba el Papa— **hieren, son bofetadas a la buena fama de una persona, son bofetadas al corazón de una persona** (*Homilía*, 12.IX.2014). Podemos pensar también en nuestro modo de reaccionar ante la desenvoltura con que se acepta como cosa normal criticar a las personas (desde la vecina de arriba hasta el político o el futbolista que sale en la televisión), de palabra o por escrito, de manera agria o malévola, sin comprensión, llegando con gran naturalidad hasta la detracción y el insulto, sin la menor posibilidad de que la crítica sea constructiva para nadie.

¿Qué buscamos? ¿Qué ganan los demás, cuando difundimos esas noticias o rumores, sin saber exactamente qué hay de verdadero en ellos? Porque, de hecho, incluso la información verdadera que conocemos sobre los demás debe ser manejada con prudencia y discreción, para no difamar ni escandalizar o provocar otros daños (cfr. *Catecismo*, nn. 2477 y 2479). Fácilmente dejamos que se adormezca nuestra sensibilidad para rechazar esos comportamientos, o para advertir que quizá estamos cayendo también en ellos. Y *si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se la salará?* (*Mt* 5, 13). Somos los cristianos los que tenemos la misión, y la gracia para llevarla a cabo, de mantener en el mundo el aire libre y limpio de la verdad. ***Hoy, cuando el ambiente está lleno de desobediencia, de murmuración, de trapisonda, de enredo, hemos de amar más que nunca la obediencia, la sinceridad, la lealtad, la sencillez: y todo, con sentido sobrenatural, que nos hará más humanos*** (*Forja,* n. 430).

Para lograr la paz

En el encuentro con los presidentes de Israel y Palestina para pedir por la paz, el Papa pronunciaba una oración que, en sus últimos compases, rezaba así: **Señor, desarma la lengua y las manos, renueva los corazones y las mentes, para que la palabra que nos lleva al encuentro sea siempre «hermano»** (*Discurso*, 8.VI.2014).

La verdad que nos hace libres (cfr. *Jn* 8, 31-32) no consiste simplemente en la posesión o la transmisión de enunciados e informaciones que corresponden a la realidad de las cosas. Se trata de algo más profundo: la verdad que fundamenta la sinceridad y la lealtad con los demás, en todas sus formas, es que todos los hombres somos hermanos, hijos del mismo Padre.

Jesucristo nos ha mostrado con su vida, *veritatem faciens in caritate* (cfr. *Ef* 4,15), esta armonía fundamental entre la verdad y el amor. Por eso, la verdad que libera, que trae la paz, está en esa manifestación eminente del amor de Dios por los hombres, que es la Cruz redentora: **¡Cómo quisiera que por un momento todos los hombres y las mujeres de buena voluntad mirasen la Cruz! Allí se puede leer la respuesta de Dios: allí, a la violencia no se ha respondido con violencia, a la muerte no se ha respondido con el lenguaje de la muerte. En el silencio de la Cruz calla el fragor de las armas y habla el lenguaje de la reconciliación, del perdón, del diálogo, de la paz** (*Homilía*, 7.XI.2014).

Descargar

Word: La caridad cristiana en el modo de hablar

Pdf: La caridad cristiana en el modo de hablar

ePub: La caridad cristiana en el modo de hablar

Mobi: La caridad cristiana en el modo de hablar

Cortesía de nuestros aliados y amigos: Opus Dei

Si te gusta nuestro material, suscríbete y entérate de nuestras novedades: